

MERCEDES PINTO

BRISAS DEL TEIDE

(POESIAS)

PROLOGO DE
CRISTOBAL DE CASTRO



MADRID
IMPRENTA DE JUAN PUEYO
Calle de la Luna, 29.

BRISAS DEL TEIDE

MERCEDES PINTO

BRISAS DEL TEIDE

(POESIAS)

PROLOGO

DE

CRISTOBAL DE CASTRO

MADRID

IMPRENTA DE JUAN PUEYO

Calle de la Luna, 29.

OBRAS DE LA AUTORA

Cuentos (agotada).

EN PREPARACION

El.

PROLOGO

MERCEDES PINTO Y «EL DULCE MAL»

El presente libro, lectoras, no es una exhibición pueril, ni una tentación de la Fama, ni siquiera una fácil coquetería lírica. Es, simplemente, un imperativo categórico, una misión.

Mercedes Pinto no escribe; suspira. Postrada por «el dulce mal» de Petrarca y de Garcilaso, tiene el perfil fino y romántico de todas las enfermas de amor.

De ella puede decirse lo que dijo Zorrilla de la Avellaneda:

*Canta porque cantar es su destino
y el Destino es más fuerte que la Vida...*

La vida, hartó cruel para esta dama tinereña, pudo mil veces traspasar su corazón, pero nunca rendir su ánimo.

mo. «Que la porción alta y divina» yérguese en ella dura y firme como roca entre el oleaje.

* * *

Como en los cuentos de Perrault, todas las Hadas, a l nacer Mercedes Pinto, se agruparon junto a su cuna. Y todos los augurios de la Naturaleza y de los Hombres se vistieron de fiesta.

Y he aquí que este libro de evocación y «reverie» nos muestra aquella infancia del hogar burgués y dichoso, donde las hermanitas, al piano, sienten la desazón divina de Beethoven, y aquella infancia de las calles tinerfeñas, bajo cuyas solanas ardientes, se apedrean los granujillas y cruzan, lentos, los camellos.

Y he aquí también, en este suspirar melancolías, la bella y confiada juventud, con sus mañanas en la playa, sus tardes en el «flirt» del paseo, y sus noches, claras y cálidas, mecidas por las «folias» y el «arrorró»...

¿Qué es todo eso—desde el bienestar económico al clima espléndido, desde la infancia, mimada y risueña, a la juventud galanteada y soñadora—, qué es todo eso sino implantar en un espíritu el imperio de la Quimera?

Y he aquí que, desde entonces, desde que la Quimera

reina en Mercedes Pinto tan plena y románticamente como en las heroínas de Walter Scott y Lamartine, la dama tinerfeña logra su triste y dulce bienaventuranza: padecer persecución por soñar.

La Vida, arrinconada subalternamente, se venga. Un huracán de adversidades arrecia contra el delicado espíritu. Yangüeses y beocios la acosan como a una cierva la jauría. Sobre la frente femenil brilla la aureola del Ensueño como un lucero en noche tempestuosa.

Sola frente a la Vida, como Dante frente a la Loba, clama a Dios y a los hombres en estas estrofas desoladas:

*Grilletes en los pies, venda en los ojos,
prohibidas la acción y la palabra;
en las puertas fortísimos cerrojos
y castigo ejemplar al que las abra...*

.....
*Todo eso puede, y mucho más, hacerte
el que sobre tu ser manda e impera.
Siempre, sobre «la mano», por más fuerte,
ha de poder «la garra» de la fiera.*

Este signo de rebelión dice la clave de su vida, la esencia de su espíritu de mujer, cuya mano gentil está sangrando por la garra de la fiera. Es la clave espiritual, no sólo de ella, sino de tantas otras mujeres. El problema sentimental; el gran problema feminista.

Pero, pese a la garra y a la sangre, la romántica mano sigue bordando gentilmente vendas para Cupido y estandartes de ilusión. Rendimiento, desinterés, sacrificio, todas las virtudes románticas, vuelan, como bandadas de aves, en torno a esta fortaleza espiritual. Y la enferma del «dulce mal», delirante de ensueños, apostrofa a Juan Gabriel Borkman, Anticristo de los apasionados:

*¡Juan Gabriel, deja libre mi camino!
¡Paso!—grita mi alma con pasión—.
Que yo llevo en mi escudo un Sol divino
y, en la mano, sangrando, un corazón...*

Es el corazón inmortal de Rosmunda y Grisélida, de Inés y Elvira, que, como la antorcha del poema indio, se transmite de signo en signo y de mano en mano, cetro de Ensueños, Santo Grial de la Ilusión...

* * *

Este libro, tejido de quimeras de amor, de juramentos y de sonatas de Beethoven, debió ser prologado por Chateaubriand y leído por René, pálido y pensativo, bajo un sauce. O prologado por Espronceda y leído, al claro de luna, entre los claustros de Fiteró, por el triste Gustavo Adolfo.

CRISTÓBAL DE CASTRO

ENVIO

Hoy te entrego este libro como si fuera un pomo
donde encerrado hubiese la esencia de mi amor.
Guárdalo tú en el cofre de las cosas sagradas,
de los cálices áureos,
de las blancas estolas,
de las santas reliquias donde hay gloria y dolor...

Guárdalo cual si fuera condensada mi vida
en las hojas del libro... ¡te juro que es así!,
pues que en las cuatro fechas que abarca su existencia,
no hay un solo minuto,
no hay un solo latido,
que en mi alma no fueran consagrados a ti!!!...

LA CASA VACIA

Al final del camino se destaca su casa,
a la sombra de aquellos árboles centenarios
que nos dieron amparo en los días de Sol,
cuando todo era lumbre en redor de nosotros
y la tierra, candente del ardor del verano,
en los ojos ponía un velo de arbol...

Fui por fin una tarde; traspasé los umbrales,
y al ver todo tan solo, tan obscuro y tan triste,
sentí un frío en las venas que me heló el corazón:
parecióme oír el ruido de una tela en las sombras,
y al asirme a la puerta de la casa querida,
con llamamiento lúgubre resonó el aldabón.

Fué un sonido espantoso en la casa vacía...
Llamada larga y triste como un hondo alarido...
Desolador lamento que nadie contestó...
Entonces vi en el fondo de los muros, alzarse
el fantasma adorado de su hermosa figura,
que envuelta en un sudario hasta mi se llegó,

y en un hálito frío de humedad y de muerte
el aroma mil veces aspirado en su cuerpo
esparcido en el aire mis sentidos turbó.
Me llenaron violentos, delirantes anhelos
de besarla de nuevo, de tenerla en mis brazos,
y extendiendo las manos, dije: —«¡Ven, que soy yo...!»—

Y sentí que venía lentamente, y su mano
se apoyaba en mi nuca, y en mi médula el frío
intenso y doloroso, como un acero, entró...
Desde entonces, las gentes que no vieron su sombra
ni sintieron el frío de su mano, me dicen
que estoy loco... Yo les grito a esas gentes que no.

Yo les juro que «ella» en la casa vacía
con su mano aterida sujetó mi cerebro,
me dejó sin memoria, me durmió el corazón,
y dejándome sordo a otro extraño sonido,
sólo tengo en la mente su figura adorada
y el llamar estridente del lúgubre aldabón...

BRUMAS...

A Cristóbal de Castro.

Terminaban de la tarde los postreros resplandores;
a la luz que se alejaba se perdían los colores;
los contornos de las cosas se empezaban a borrar,
y en las cruces de los altos y elegantes campanarios,
que las nubes escalaban con impulsos temerarios,
de la niebla los jirones se enredaban al pasar,

y quedando desgarrados en los brazos de las cruces,
que la luna que nacía destacaba con sus luces,
haciéndolas con sus rayos entre las sombras brillar,
semejaban a bandadas de blanquísimas gaviotas,
que se paran en su vuelo con las largas alas rotas,
y posadas se quedasen sin poder volver al mar...

Como mano de un amante, que impaciente y temblorosa
estremece las vidrieras dando seña misteriosa,
y con quejas y suspiros turba el sueño de su amor,
a través de los cristales, como un dulce y leve acento,
se escuchaban los crujidos de los vidrios con el viento,
como seña convenida de cariño o de dolor;

y a ese débil llamamiento, con suspiros quejumbrosos,
contestaban musicales los acentos cadenciosos
de un adagio de Beethoven que sonaba en el salón;
y las notas que del piano como pájaros salían
y las brisas de la tarde que el cristal estremecían
estallaban como besos al chocar en el balcón.

Mas de pronto, como un alma que conmueve un mal presagio,
se estremecen en los aires los acordes del adagio
e interrumpen discordantes su solemne precisión;
y ahora marchan presurosos, luego suenan lentamente,
y ya se oyen confundidos, ya se escuchan claramente,
cual se sienten los latidos de un enfermo corazón.

Es que son aquellas notas de cadencias misteriosas,
remembranzas que levantan tempestades dolorosas
en el alma de la dama que el teclado hace sonar;
y ha tocado delirante los acordes favoritos
de aquel tiempo de alegrías y delirios infinitos,
cuya pérdida sus ojos se han cansado de llorar,

resurgiendo vigoroso del sepulcro del pasado,
sacudiendo las cenizas con que el tiempo lo ha ocultado,
de los ritmos musicales al poder evocador,
el cadáver de su dicha, con su corte de dolores,
que trayendo va a su mente los románticos amores
que su vida iluminaron con celeste resplandor...

Cada nota es un recuerdo de sus muertas ilusiones;
cada arpeggio va poblando de fantásticas visiones

a sus ojos aterrados las paredes del salón,
y sus manos, sin embargo, no se apartan del teclado,
temerosas de que vuele como un pájaro asustado,
cuando cese la armonía, la soñada aparición.

Del balcón ha visto, lentas, entreabrirse las maderas,
dando paso a tenue sombra que se extiende en las vidrieras,
y se siente estremecida por insólito temblor,
y su busto se desploma sobre el nítido teclado,
que, oprimido con violencia por el cuerpo desmayado,
dió un sonido discordante, como un grito de dolor...

.....

Del adagio de Beethoven se perdieron los sonidos;
se ve un cuerpo sobre el piano con los brazos extendidos,
que una lámpara ilumina desde el techo del salón.
Las campanas de las torres dan el toque de oraciones,
mientras pasan lentamente cual fantásticas visiones
blancas ráfagas de bruma por los vidrios del balcón...

.....

*A María de la Paz Valero.
(Alejandro Bher.)*

(Junto a la borda, viendo ocultarse
al Sol...)

Me dices que te gustan los versos míos;
me dices que te agrada su dulce son;
los versos del cerebro son siempre fríos;
te gustan ¡porque salen del corazón!

Yo canto como cantan los ruiseñores,
que no estudian las reglas para cantar;
y cantando doy treguas a mis dolores
y desaparece el llanto que va a brotar.

Versos que son la esencia del alma mía,
donde ella ha derramado toda su luz;
donde están mis pesares día por día
escritos con astillas de «alguna cruz...»

Por eso los comprenden las almas buenas,
las que con el que llora quieren llorar;
las que de sentimientos nobles van llenas;
las que todos los días saben «rezar»...

Te doy gracias, señora, gracias ardientes
como ardiente y sincera mi alma es también;
¡vale más «un» aplauso de alma que siente,
que del vulgo ignorante se eleven «cien»!

Y cuando tú recuerdes a esta viajera,
y de sus versos sientas el triste son,
no olvides que por siempre y hasta que muera
¡tiene ya desgarrado su corazón!...

REMORDIMIENTO

Escuchando los consuelos
que le dabas a mis penas,
como un soplo aquella tarde
se pasó,
y en la noche ya cercana,
al decirte «adiós» mi boca,
de besarte en las dos manos
se olvidó...

Era siempre mi costumbre
el tenerlas largo rato
por cederles de las mías
el calor,
y su frialdad de muerte
se me entraba hasta los huesos
admirando su flacura
con dolor.

Y a esas manos marfilinas
con las venas abultadas
las besaba antes de irme
con amor,

cual besamos en los Cristos
las llagadas manos santas
con el alma rebosante
de fervor.

Eran justo complemento
de tu alma triste y pura
tus manos descoloridas,
de ilusión;
manos largas, delicadas,
que acudían por costumbre
hacia el lado de tu enfermo
corazón,

cuando algún dolor más vivo
se adueñaba de tu pecho,
u oprimido se aumentaba
tu sufrir;
manos pálidas y finas
que al ponerlas enlazadas
preparadas parecían
a morir;

manos niñas, manos santas
que no saben agitarse;
¡que no saben que se pueda
golpear!
Manos que parecen hechas
para cruzarse en la iglesia;
manos suaves que acariciaban
al tocar...

Y al cruzar las largas calles,
cual camino de Calvario
porque iban siempre alejándome
de ti,
pensé entonces que mis besos
olvidé dar en tus manos,
y cayó una pena inmensa
sobre mí.

Recordé tus manos yertas
y tu corazón enfermo,
que mi olvido angustiaría,
y lloré.

Presentí que el postrer beso
jamás dártelo podría...
¡Desventura...! fui profeta...
¡Y acerté...!

.....
.....
Dondequiera que te encuentres,
alma desgraciada y buena,
en la tierra o en el cielo,
pienso en ti...
Sabe que mi triste olvido
es de mi vida el fantasma;
sabe que pesa una losa
sobre mí...!!

¡NO LO DESPERTEIS!

*A Carmen de Burgos,
«Colombine».*

(... y así lo dijo que eran sus deseos...)

Si me veis con los ojos cerrados tranquilo y durmiendo,
yo os suplico al pasar por mi lado no hagáis ningún ruido;
y si acaso mis pálidos labios están sonriendo,
despacito marchad y alejaos, ¡que siga dormido!

Que descansen y que duerma; ¡quién sabe
si a través de los tibios cendales de un sueño,
vuelvo a oír la Sonata dulcísima y grave
cuyas notas, rozando mi frente, desrizan su ceño!

¡De Beethoven adagio sublime!, tus trágicas notas
sonarán en mi oído vibrando por dentro del alma,
y rodando cual lluvia celeste de mágicas gotas
caerán lentamente en el pecho... sin fuerzas... en calma...

Volverán a sonar triunfadoras sus notas de vida;
volverá a desgranarse en mi oído, cual rauda cascada,
la metálica escala que arranca una mano querida
desde el centro del piano, como una veloz carcajada.

Volverán a sonar los acordes solemnes y graves,
como grave y solemne es el trueno que sigue a los rayos,
y los dulces arpeggios que ruedan tristonos y suaves
cuyas últimas notas se acaban en largos desmayos.

Con los ojos del alma, dormido, veré claramente
«su» figura celeste y querida sentada ante el piano,
y otra vez sentiré que las teclas me hieren la frente
cuando la hice parar la Sonata besando su mano...

.....
.....
.....
.....

Si me veis con los ojos cerrados, tranquilo y durmiendo,
yo suplico al que pase a mi lado que no me despierte;
¡ojalá que mis pálidos labios estén sonriendo!
¡¡ojalá que este sueño durase la vida y la muerte...!

EN LA TARDE DE UN DOMINGO

A mi hijo Juan F. de Foronda.

Pasan las horas del domingo, y siento
de la tarde en la calma reposada,
el rumor de las hojas con el viento
que agita mansamente la enramada.

En la plaza cercana juegan niños,
y sus risas y gritos celestiales
resuenan como notas de cariños,
en pentágramas puros e ideales.

Siento deseos de fundirme en ellos
y correr locamente por la plaza,
y caer, y enredarme los cabellos,
y quedar parecidos, en su traza,

con la chaqueta descosida y rota;
con las rodillas sin pellejo sano;
con rojo labio en que la risa brota,
y todo el pelo, con el polvo, cano...

Yo anhelo recorrer la barandilla
montándola a horcajadas de alto a bajo,
y quedarme, trabada la rodilla,
y andar luego a pie cojo y con trabajo.

Yo quiero tirar piedras a los nidos
y huir todos de un guardia a grandes trancos,
y escribir de rodillas y encogidos:
—«¡Muera el guardia!»—al respaldo de los bancos.

Salir luego en pandilla, hablando fuerte
en confuso gritar que el aire llena,
y sin miedo a la vida ni a la muerte
bañarme al sol, secándome en la arena;

y acostados allá entre los lanchones,
sobre la arena gris, de cara al cielo,
fumar con infantiles ilusiones
«los pitillos» robados al abuelo...

¿MONTMARTRE...?

¿Te acordarás por siempre, amante, de esta vida,
en que al alma encantada le parece que sueña
escuchando una dulce sonatina risueña
hecha con ruidos suaves de agua y de cristal...?
¿Te acordarás...? ¡Mi alma! Los versos de Verlaine
me vas con tu voz cálida lentamente leyendo,
y en mi alma las frases ardientes van cayendo,
quedándose encerradas cual flores en fanal...

¡Yo a tu lado te escucho con el alma en los labios
y los labios muy cerca de los tuyos amados
para que así los versos nos lleguen saturados
del aroma divino de nuestro inmenso amor...!
¡Y entregada a este anhelo, por nada cambiaría
las horas de esta vida tan bella y tan extraña,
en que una sacrosanta emoción nos la baña
con ráfagas ardientes de placer y dolor...!

¡Somos pobres y ricos... lloramos y reímos...
Un porvenir incierto nos llena de temores,
y esa misma zozobra es, en nuestros amores,

¿MONTMARTRE...?

¿Te acordarás por siempre, amante, de esta vida,
en que al alma encantada le parece que sueña
escuchando una dulce sonatina risueña
hecha con ruidos suaves de agua y de cristal...?
¿Te acordarás...? ¡Mi alma! Los versos de Verlaine
me vas con tu voz cálida lentamente leyendo,
y en mi alma las frases ardientes van cayendo,
quedándose encerradas cual flores en fanal...

¡Yo a tu lado te escucho con el alma en los labios
y los labios muy cerca de los tuyos amados
para que así los versos nos lleguen saturados
del aroma divino de nuestro inmenso amor...!
¡Y entregada a este anhelo, por nada cambiaría
las horas de esta vida tan bella y tan extraña,
en que una sacrosanta emoción nos la baña
con ráfagas ardientes de placer y dolor...!

¡Somos pobres y ricos... lloramos y reímos...
Un porvenir incierto nos llena de temores,
y esa misma zozobra es, en nuestros amores,

EVOCACION

A don Patricio Estévez y Murphy, en cuyo nombre glorioso saludo a todos mis paisanos.

En la calle solitaria no se oyeron mis pisadas;
se apagaban lentamente en las aceras nevadas
y como una extraña sombra parecía resbalar
por las húmedas paredes mi figura que pasaba...
En un lejano reloj dieron las cuatro; nevaba
en grandes y espesos copos que caían sin cesar.

Y oscura y triste la tarde sobre la calle dormida
daba impresión angustiosa de terminarse la vida
en las cosas y en las almas... Yo en la mía la sentí...
De pronto, desde una casa se oyó el resonar de un piano
y entraron en mis oídos sus notas, cual si un lejano
perfume fuera a envolverme; doliente me estremecí...

Era un «Preludio» escuchado en el alba de mi vida
cuando en las teclas sonoras iba una mano querida
arrancando dulces notas de armonía sin igual;

«Preludio» que estremecía a mi alma de su sueño
en que, envueltos, y dormidos con poético beleño,
de mi infancia los recuerdos tomaban fuerza vital...

Era tu recuerdo, madre, quien en la tarde sombría,
como una luz encendida al fondo del alma mía,
alumbraba los menores detalles de lo que fué...
Y al resonar del «Preludio», vi el salón iluminado...
El retrato de mi abuelo con toga de magistrado...
Los sillones de damasco en que, dormida, soñé

una noche, siendo niña, con el *Quijote* en la mano,
que eran dientes de un dragón las blancas teclas del piano
y que era yo Don Quijote y eras la Duquesa tú...
Y tus dedos afilados sobre las teclas nevadas;
y los negros, dulces ojos de mis hermanas amadas;
y el suave crujir de seda que en levísimo frufrú

indicaba que de misa la abuela volvió—la buena,
la señora, la bendita, la cristiana, la serena...—
todo entró con loco impulso dentro de mi corazón;
toda mi infancia risueña volando hacia mí venía
por las notas del «Preludio», que a mis ojos la traía,
sujeta por el cabello dorado de la ilusión...

Vi el mar canario dormido entre sus olas de encaje...
Escuché los «capirotos» trinando desde el ramaje...
Te vi meciendo mi cuna al cantar del «Arroró»,
y en tus ojos de esmeralda brillar las gotas del llanto
al imborrable recuerdo que envolvió con negro manto
tu juventud desgarrada por el amor que murió...

«Preludio»... dulce «Preludio»... Detuve el paso inconsciente,
y llena con los recuerdos que atropellaban mi mente
miré al cielo y vi en las nubes un dorado desgarrón;
era el sol que lentamente la ciudad iluminaba;
el deshielo que venía, el día que se asomaba
por en medio de la bruma como si fuera un balcón.

Seguí andando, y al perderse a mi oído en la distancia
la música que evocara los recuerdos de mi infancia,
dí por poder evocarlos inmensas gracias a Dios;
porque no todos los seres en medio de sus dolores
tuvieron hogar bendito: oasis lleno de flores
donde volver la mirada al ir de la muerte en pos!...

DOMINGO DE CARNAVAL

De la calle llegaba el continuo rumor de las gentes
que en confuso tropel incesante pasaban cantando.
Se escuchaba el rumor de la fiera que así se divierte...
Era sólo el rumor... ¡nos pasamos la tarde soñando!...

Tú leías despacio, en voz baja, los versos de Bécquer,
en aquel gabinete, testigo de nuestros amores;
yo, a tus pies, de rodillas, absorta, escuchaba
esos versos que saben a amor y dolores!...

El cristal del balcón era como infranqueable muralla
que apartaba mi amor de ese mundo que tanto me aterra.
Allá fuera, las voces canallas sonando incesantes...
Aquí dentro, un soñar ideal, que es el cielo en la tierra...

Con las manos unidas, mi boca sellando tu rostro,
se me entraba «el momento» en el alma con marca imborrable,
y el amor, con sus cálidas alas de nácar y rosa,
nos unió más y más con la fuerza de lo inevitable...

..... !!

DULCES SUEÑOS

Me dormí con el recuerdo sólo en ti y en tu cariño,
refugiándose mi alma en tu amor, como hace un niño
en los brazos adorados de su madre; así dormí...

.....
Y eras tú quien entreabrías el cristal de la ventana
y decías: —Mira el sol, cómo alumbra esta mañana—
y yo al punto me acercaba y miraba junto a ti...

Era un paisaje divino, con el cielo nacarado,
y por el Oriente un tinte violeta, azul y rosado
que a las nubes dan los rayos del sol al amanecer;
y abajo el campo, pintando su extensión ilimitada
con sus alegres colores, con su frondosa enramada,
y ese ruido misterioso que hace un arroyo al correr...

Salimos juntos... Llevabas mi brazo sujeto al tuyo
y hablábamos en voz baja, tan sólo como un arrullo
de anhelos y de recuerdos... ¡Charla bendita de amor!
Y tu voz en mis oídos sonaba cual un acento
que de los cielos bajase entre las alas del viento
y dentro de mí cantase con ritmo enloquecedor...

A nuestro paso los pájaros, alegres, revoloteaban...
... Otras veces en mi alma loca envidia levantaban
por libres y enamorados; ¡ahora no los envidié!...
Me sentía tan dichosa con ser tuya y tú ser mío,
que la luna y las estrellas, y el bosque inmenso y el río
y cuanto el oído escucha y cuanto la vista ve,

eran átomos y sombras con mi dicha comparados;
¡tú y yo, solos y felices, locamente enamorados!
... ¡el alma se me rompía de tan divino soñar!...

.....
.....
Entonces, cuando sentía mis labios junto a tu boca,
me desperté, y al ver que era todo un sueño, casi loca,
sobre mi ilusión deshecha me hube de echar a llorar!...

VISION DE AMORES...

Me he quedado esta tarde largo rato
sentada donde hoy mismo te sentaste,
tapándome la cara con las manos,
que, amante, tantas veces me besaste...

Mis manos, que tu pelo acariciaron,
a gloria olían porque a ti me olieron,
y aspirando el dulcísimo perfume
tus recuerdos con impetu acudieron.

Enervante el ambiente que dejaste
de mí se fué a adueñar como una ola,
y a tu memoria doblegué la frente,
como la flor que dobla su corola

y lenta y dulcemente se deshace
cuando la mece el aire de la tarde...
... como en el fuego la ramita seca,
estremecida se deshace y arde...

VISION DE AMORES...

Me he quedado esta tarde largo rato
sentada donde hoy mismo te sentaste,
tapándome la cara con las manos,
que, amante, tantas veces me besaste...

Mis manos, que tu pelo acariciaron,
a gloria olían porque a ti me olieron,
y aspirando el dulcísimo perfume
tus recuerdos con impetu acudieron.

Enervante el ambiente que dejaste
de mí se fué a adueñar como una ola,
y a tu memoria doblegué la frente,
como la flor que dobla su corola

y lenta y dulcemente se deshace
cuando la mece el aire de la tarde...
... como en el fuego la ramita seca,
estremecida se deshace y arde...

EN ALMA Y CUERPO

Tengo el alma llena de ti y tu recuerdo;
al balcón me acerco: ¡qué noche tan fría!
Faltan muchas horas para ser de día,
y ansiándolo estoy...

Miro al cielo. Luceros brillantes
que lucís allá arriba, miradme soñando
con él. ¡Brumas blancas que pasáis rozando
mi rostro, yo soy
alma enamorada que busca a la suya,
y en la obscura noche quisiera encontrarla,
llegar lentamente por no despertarla
y oírla soñar!...

¡Luna, blanca luna que miras mi pena,
hazme con tus rayos un claro camino
para que a su lado me lleve el destino,
y allí descansar!...
Que ya mi cerebro no tiene otra idea;
que mi vida toda su amor lo ha llenado,
y a mi pecho ardiente una llama ha quemado,
que nunca sentí!...

Aire frío y duro que cortas mi rostro,
llévame a su lado, que muero de anhelos...
¡Estrella que rápida cruzas los cielos,
ven aquí por mí,
y en tus brazos blancos, helados, de plata,
volará mi alma llamando a su dueño,
y en un ideal y purísimo sueño
desfallecerá...

.....

(Y mientras mi espíritu sueña ideales,
mis labios ardientes sus labios buscando,
se unirán con fiebre de amores tremando
¡y despertará!!...)

¡FE!...

Borraron las sombras tus besos de fuego...
Me dejaste el alma sin dudas ni enojos...
Aprendí a creerte mirándome absorta
en el adorado cristal de tus ojos...!

Al mirarme en ellos como en un espejo,
en mi rostro advierto mi duda y mi anhelo,
¡las dudas que tienen todos los creyentes
de poder ser dignos de alcanzar el Cielo!

Pero al reclinarme temblando en tus brazos,
me juras, con frases que suenan a gloria,
que grabado llevas mi nombre en tu pecho
como un relicario de eterna memoria.

Resuenan tus frases dentro de mi misma,
cual si repicaran campanas de plata,
y me queda el alma perfumada y sana
sin ese angustioso dudar que me mata...

Por mi rostro pasas tu mano adorada
y apartas los rizos que cubren mi frente,
y en el sortilegio que tienen tus manos,
se alejan las penas de mi alma doliente...

Las horas eternas, las dudas crueles,
todo este tormento que agita mi vida,
se borra en mi frente como una quimera
al poner en ella tu mano querida...

Borraron las sombras tus besos de fuego...
Me dejaste el alma sin dudas ni enojos...
Aprendí a creerte mirándome absorta
en el adorado cristal de tus ojos...!

¡UN HIJO...!

*A doña Rosa M. de Nicolás,
Viuda de Rojo,
con todo respeto.*

Es un sueño tenaz que se apodera
del alma, dominando el pensamiento;
un deseo absorbente que me llena;
¡ansia loca de un solo sentimiento!

Tener un hijo Mío entre mis brazos
y ser TUYO ese hijo de mi vida,
y buscar en las niñas de sus ojos
la luz de tu mirada ¡tan querida!

Acariciar la esencia de tu alma
que lleva en sí la sangre de mis venas;
ver en sus labios de coral y rosa
brotar la risa de tus horas buenas...

Ver tu amor hecho carne; ver tu vida
fundida para siempre con la mía
en un trozo de gloria blanco y nácar,
como el cielo al nacer el nuevo día...

Pasarlo de tus brazos a los míos
adorando a los dos con ansia loca,
y a tu hijo al sentir sobre mi pecho
buscar en *él* la huella de *tu* boca...

Y saber que al morir dejo en tus manos
la luz que ha de alumbrarme en tu memoria,
el «rayito de sol» que ha de guiarte
para seguir mi huella hasta la gloria.

Saber que con el hijo entre tus brazos,
al morir yo, no puedes olvidarme,
y que al poner tus labios en su frente
con el alma también has de besarme...

.....

¡MAS ALTO QUE EL AGUILA...!

Para Eduardo Barriobero.

Si no te sientes águila, no quie-
ras volar con el pensamiento por
encima de los abismos.

LEÓN TOLSTOY.

Grilletes en los pies, venda en los ojos;
prohibidas la acción y la palabra;
en las puertas fortísimos cerrojos
y castigo ejemplar al que las abra...

No poder expresar con el acento
lo inmenso de un amor avasallante;
envejecer el cuerpo macilento
sin realizar tu anhelo un solo instante...

Todo eso puede, y mucho más, hacerte
el que sobre tu ser manda e impera;
¡siempre sobre la «mano», por más fuerte,
ha de poder la «garra» de la fiera...!

Porque el cuerpo es esclavo; la materia
dócil se dobla al brazo del tirano;
por eso podredumbres y laceria
hacen su nido sobre el cuerpo humano...

Mas en esa materia hay un sagrario,
foco de luz espléndido y divino,
¡rayo de luz que cruza temerario
rasgando las tinieblas del camino...!

Se llama ese sagrario «el pensamiento»,
que quiere y que aborrece, el «alma», en suma,
¡libre como los pájaros y el viento!
¡cual se remonta el Sol sobre la bruma!

Podrán tu cuerpo aprisionar feroces,
tu boca amordazar como a las fieras,
¡pero no te podrán quitar los goces
de pensar y adorar *lo que tú quieras!*...

¡Bendito sea el pensamiento humano!
¡por los siglos sin fin, bendito sea!...
¡que por cima del déspota inhumano
el espíritu, libre, vuela y crea!...

Y venciendo crueles opresores,
inmaculado siempre y siempre fuerte,
porque le dan más savia los dolores
y triunfa del martirio y de la muerte,

mientras la «garra» la materia oprime
y el cerebro con rabia pulveriza,
para matar la idea que redime
—vencida la materia en esta liza—,

el pensamiento escapa victorioso
y de espacios más grandes vuela en pos;
en un valiente impulso luminoso,
va más alto que el águila... ¡hasta Dios!

LOS ESPECTROS

A José Vega de Rivera.

(Después de leer la obra de Ibsen, con el libro en las manos y las manos heladas al pensar en la herencia implacable...)

... Lei ayer los «Espectros», de Ibsen...
Me dejó entristecida, confusa, y en el corazón
como rastros espesos de niebla;
¡¡qué extraña impresión!!

No he podido dormir con sosiego;
a las doce sentí en el portal
de un borracho los recios cantares...

—«¡La herencia fatal!»—
murmuré, contagiada y piadosa;
y el acento inseguro y temblón,
lo engendró de unos ojos vidriosos
mi imaginación!...

En mi sueño febril, vi a los muertos
en sus tumbas, con tétrico ardor,
tejer trama invisible, con hilos
de vicio y dolor,
para en ellos coger prisioneros
—¡sin tener ya jamás redención!—
a los vivos ¡que al nacer ya tienen
cribo el corazón!

Desperté esta mañana, tediosa,
a los cielos rezando sin voz,
por que rompa esas leyes la inmensa
justicia de Dios.

Del balcón descorrí las cortinas
y en seguida he bajado al jardín;
me persiguen «los muertos» de Ibsen...
¡cadena sin fin!...

El sepulcro ¿no encierra las llagas?
¿hacia fuera se van otra vez?

.....
¿Del abono que hiede en los campos
no nacé la mies?

.....
Y al mirar el montón de mantillo
que en la huerta extendía su hedor,
vi que, enhiesta, crecía una roja
y espléndida flor.

—¡Oh, Señor!—exclamé—, nacer puede
de las cosas podridas el bien;
... si el mantillo ha podido dar flores,
... ¡¡los seres también!!

¿CIEGO?...

Para el publicista ciego Antonio Las Heras.

Vedme aquí sentado al borde del camino de la vida,
con la venda de mis ojos a mis plantas aún calda,
y la barba sobre el pecho con nostalgias de morir...
Soy el ciego que la vista ha encontrado de improviso...
Las tinieblas se rasgaron porque Dios así lo quiso...
¡Y ahora dudo si «esto» es muerte y si «aquello» era el vivir!

Yo soñaba... Y en mi pecho, ¡pecho noble y generoso!,
forjé un mundo de ilusiones, siempre bueno y siempre hermoso,
donde no se conocían ni pecado ni maldad.
Y veía en mis tinieblas todo bello cual mi anhelo,
y luciendo por las noches las estrellas en el Cielo,
y de día el sol sin nubes deslumbrante en claridad.

Yo soñaba que los campos eran verdes y floridos;
que en los árboles las aves fabricaban tibios nidos;
que las flores bordeaban de colores mi heredad.
Yo pensaba que las almas eran limpias cual Sagrarios,
y los labios de los hombres eran santos incensarios
que en honor a Dios quemaban rico incienso a su bondad.

Yo soñaba... Yo creía... Mas cayeron los cendales...
Por mis ojos en tinieblas penetraron a raudales
los destellos prodigiosos de la vida y de la luz...
Y fué entonces cuando, absorto, vi en los hombres las dobleces,
en las almas las negruras y en los campos arideces,
y por norte a mis amores, vi un sendero y una cruz.

¡Y en el borde del camino me he sentado tristemente,
recordando los colores con que el mundo, allá en mi mente,
con los ojos aún en sombras, adornaba mi sentir!
Y al verlo ahora sin adornos, como carne corrompida '
deslizando su veneno por los bordes de mi herida,
me pregunto si «esto» es muerte y si «aquello» era el vivir...

«JUAN GABRIEL BORKMAN»

A don Luis Ruiz Contreras.

(En la obra de Ibsen, el protagonista se muere de frío... ¡y es que el frío de Juan Gabriel es un frío asesino y suicida!!)

¡«Juan Gabriel», has pasado por el mundo
sin conocer la esencia de la vida,
sin escuchar el mágico y profundo
latir del alma que nos es querida;

sin gustar las benditas sensaciones
que brotan del espíritu, armoniosas
como serlo pudieran las canciones
que susurra la brisa entre las rosas...!

¡¡«Juan Gabriel», te conozco; yo, atrevida,
de sol quise llenar el hondo arcano
del alma tuya tétrica, y herida
y desgarrada, retiré mi mano...!!

La sed del oro ruge en tus entrañas;
la ambición colma todas tus pasiones.
¡Almas, son para ti sombras extrañas...
Piedras de pedernal, los corazones...!

En panorama de ventisca y nieve
la escena cruza tu visión funesta,
mientras granizo en los caminos llueve
y te blanquea la cabeza enhiesta.

¡«Juan Borkman», vuelve en ti, echa a puñados
la nieve de tu hogar y de tu pecho,
que ambos queden del sol iluminados,
y que éste lllore en lágrimas deshecho!

¡Sin lágrimas y sol, muerte es la vida!
¡El oro y la ambición, muerte es del alma!
¡Venga mil veces del dolor la herida!
que del cálculo odioso fría calma!

¡Ama, «Juan Borkman»! El amor lo es todo;
amor es caridad y es heroísmo;
el amor pasa blanco sobre el lodo
y lo limpia la esencia de sí mismo...

Mas para ti, que de egoísmos fríos
llenaste la existencia, estremecida,
fijos con pasmo en ti los ojos míos,
entreabierta una ya cerrada herida,

sólo tengo el temor que dan las cosas
heladas y sombrías; esos huertos
llenos de larvas que devoran rosas...
Las cuencas de los ojos de los muertos...

Los cuervos revoloteando en la laguna,
y lo que es como tú de silencioso,
de duro y seco, y sin piedad ninguna,
como el acero frío y doloroso...

«¡Juan Gabriel», deja libre mi camino!,
¡pasol»—grita mi alma con pasión—,
«¡¡que yo llevo en mi escudo un sol divino
y en la mano, latiendo, el corazón...!!»

LAS CUERDAS ROTAS

La tarde en que partió, llorosa y triste
sobre las teclas apoyé la mano;
y al dar las notas favoritas nuestras
sentí estallar las cuerdas en el piano.

Después, la realidad desoladora
vino hacia mí llevándose la calma,
y al recordar pasadas alegrías,
se rompieron las cuerdas de mi alma.

.....

.....

ESTACIONES DEL AÑO Y ESTACIONES DEL ALMA

AGOSTO

¡Son las tardes tan bellas!
¡Las mañanas tan largas! ¡Tan calientes
las noches, que iluminan las estrellas,
en esas horas plácidas, rientes,
que no admiten ni dudas ni querellas...
.....!

NOVIEMBRE

¡Está tan negro el cielo!
Las mañanas sin sol, ¡dan tanto frío!
¡Cubre la luna tan espeso velo,
que comprendo, amor mío,
que en tu pecho también se sienta el hielo...
.....!

A DESPECHO DEL TIEMPO

—Seis horas—me dijiste—a tu lado
hoy pasé sin sentir...—
Y como en sueños contesté: —¿Seis horas?
Si acabas de venir!...—

Y te he visto alejar ¡con una pena!
Mientras más rato estás,
más desolado el corazón me queda
al punto que te vas...

Seis horas han latido nuestras almas
en divina ilusión...
seis horas de sentirnos con dos cuerpos
y un solo corazón...

.....
... Seis horas... seis minutos... o seis siglos..
¿qué más nos puede dar?
Nada importa ya el tiempo a nuestro eterno
y celestial amar...!!!

ANHELO

Yo seré flor que en tu camino
al paso tuyo se abrirá,
y al verse cerca de tu boca
toda su aroma te dará.

¡Toda su aroma!, toda el alma
en ti por siempre quedará,
como la flor que al sol de mayo
sus pétalos deshojará...!

ESPERANDOTE

Cuando tardas, tesoro,
tiemblo toda de frío y de temor;
cuando llegas, te adoro
de tal modo... ¡me estremezco de amor!

El alma mía, de tu huerto, vida,
la yerbecilla delicada es.
Siempre está por tu amor estremecida;
¡ya has tocado a la puerta!... tiemblo... ¿ves?...

* * *

.....

El pasar de la vida
mi delirio acrecienta,
y esta sed insaciable que yo tengo de ti.

¡Es que sabes quererme
comprendiendo mi alma
con la luz de tus ojos infiltrándose en mí...
.....!!

MUSICA DEL ALMA

Al Excmo. Sr. Ministro de Portugal en Madrid, señor Melo Barreto.

De mi alma se eleva una música suave,
un solemne murmullo, un divino cantar;
sólo yo puedo oirla; es cual dulce armonía
que los aires cruzase como un rayo de sol.
Y en medio de mis penas, en mis horas más negras
me dió esa dulce música fuerzas para luchar,
y en el cielo espantoso de mi triste odisea
sus notas se extendían como hermoso arrebol.

Esa música es pura, es ideal, divina,
y me dice de amores, de caridad, de paz...
Me dice de ser buena, me cuenta sacrificios
que gratos son al alma si se hacen por amor.
Me dan vivos anhelos de enjugar con mi lienzo,
como aquella Verónica, la santa y dulce faz.
Me dan ansias de dar mi corazón en trozos
a todos los que saben que en la tierra hay dolor...

De mi alma se eleva una música suave,
un solemne murmullo, un divino cantar;
sólo yo puedo oirla; es cual dulce armonía
que los aires cruzase como un rayo de sol.
He querido que escuchen esta música extraña
las almas especiales que YO CREÍ encontrar;
¡pero ellas no la sienten!... y yo me quedo sola
con el alma encogida como en un caracol...

YO SOY ASI

Yo no comprendo cómo algunos seres
sufren por desengaños del amor;
yo, cuanto más me quieren, más adoro
y el alma doy contenta y sin dolor.

Mas al sentir que empieza la tibieza
en el ser ideal que yo adoré,
sin pena y sin rencor, cierro mi alma
soñando en la ilusión que me forjé...

Y como todo lo que mi alma llena
es divino, es quimera, es ilusión,
dejo sobre la tierra lo terreno,
y de ideales lleno el corazón!...

UN JURAMENTO

Para Alberto Valero Martín.

La historia de este triste juramento
la escuché de unos labios que temblaban,
y al escribirla yo para vosotros,
las frases a suspiros me sonaban.

I

Yo conservo de una noche remembranzas dolorosas
que cual aves que se sienten de perderse temerosas,
en mi pecho han anidado para no volar jamás.
Unas veces se adormecen dulcemente... poco a poco...
otras veces se levantan con violento impulso loco,
y en mi pecho picotean fuertemente... más y más...

Es un recuerdo sombrío... En la cubierta de un barco
el final de unos amores tuvo por tétrico marco
un cielo lleno de nubes y el negro y revuelto mar...
Hice esa noche espantosa un solemne juramento,
y al ver que no puedo darle buen y justo cumplimiento,
se renuevan mis dolores y mi trágico afanar.

Yo recuerdo... ¡sí, mi vida!, yo recuerdo tu mirada, cuando, fija en mis pupilas, con candor de enamorada «—Yo quisiera— me dijistes—una prueba de tu amor; que si es cierto que la muerte de ti puede separarme, de tu pecho las promesas a la Gloria he de llevarme, cual se guarda de las flores el perfume embriagador.

Yo quisiera me jurases por tu amor y por mi vida, por la fe que prometiste, por tu madre tan querida, por la gloria que esperamos, por tu honor y por mi Dios, que en el día en que yo muera te hallarás junto a mi fosa, que has de echarme tú la tierra, y darás sobre la losa largo beso... que resuene como dado por los dos...

Te suplico me prometas que jamás ha de faltarme el que vengas por las tardes ¡como siempre! a acompañarme, cuando suenen las campanas dando el toque de oración, y que dentro del sepulcro do repose inanimada, sentir pueda, por milagro de la Virgen adorada, los latidos angustiados de tu amante corazón.

Como hermosos y brillantes incensarios de colores en redor de mi sepulcro, que haya siempre muchas flores y las riegues con tu llanto cuando vengas a rezar; y anidadas a su sombra, y aspirando sus aromas, vivan tiernas parejitas de blanquísimas palomas que hallen ecos en mi pecho si comienzan a arrullar.

Yo quisiera que al sepulcro me llevases tus canciones, y mezcladas en los aires con tus santas oraciones,

por las grietas de mi fosa penetrase su rumor;
y si tus amados versos me leyese como ahora,
has de sentir en el polvo los suspiros de quien llora,
conmovida a los acentos de la lira de su amor.»—
.....

Yo escuchaba conmovido, y a tus voces suplicantes
se doblaron de improviso mis rodillas vacilantes,
y oprimiéndoseme el pecho bajo el peso del dolor,
te juré lo que pedías por tu Dios y por mi vida,
por mi honor y por mi madre, por la Gloria prometida,
por el mar y por la tierra, menos grandes que mi amor...

II

De esa noche se fijaron en mi pecho los instantes;
aún me hieren en los ojos como puntas de diamantes
las estrellas que en el cielo comenzaban a brillar,
y en mi oído repercuten los vagidos dolorosos
de los palos que en el barco se cimbraban rumorosos,
al impulso de aquel viento que rodaba sobre el mar.

El lejano panorama se destaca de improviso,
e impulsado por la fuerza del recuerdo, te diviso
de aquel barco en la cubierta, recostada en un sillón,
y sintiendo, enloquecido, que la fiebre te abrasaba,
presagiando el desenlace, sollozando renovaba
las promesas que arrancara tu delirio a mi razón.

Mientras ráfagas de viento me traían al oído,
con las voces marineras levemente confundido,
el suavísimo murmullo, que me hacía sollozar,
de un piano que allá en la cámara reunía a los viajeros,
unido a las carcajadas de felices pasajeros,
contrastando con mis penas, más amargas que la mar...

III

Desde entonces, las ideas se ennegrecen en mi mente;
se turba mi pensamiento con la angustia de quien siente
desplomarse de improviso su purísima ilusión,
y en mi pecho reaparecen como escombros removidos
los recuerdos que me queman cual carbones encendidos
y me horadan las entrañas taladrando el corazón.

Del final de aquella noche los detalles se obscurecen,
las imágenes se borran y las sombras me enloquecen
porque el trágico martirio no lo quiero recordar.
Sólo veo en lontananzas que me miras con dulzura
y rompiendo extraviado mi silencio de amargura
con intenso escalofrío te renuevo mi jurar.

Yo recuerdo como un sueño de espantosas pesadillas
aquel rato en que, sin verte, permanecí de rodillas
mientras tú hacías tu santa y cristiana confesión,
y entre sombras de agonía vi una mano levantada
y era la del sacerdote, que con voz emocionada
hizo una cruz en el aire y te dió la absolución.

Después noto con angustia que tus ojos no me miran,
que tus labios casi blancos ya hace rato no suspiran,
y siento que el alma toda se me parte de dolor.
¡Ni me miras ni respondes a mis gritos de agonía!
Yo no sé lo que hice entonces, si tu frente besaría
o mis ojos espantados cerraría con terror.

Yo no sé si de rodillas te pedí que no murieras,
que la Gloria abandonases y a la tierra te volvieras,
que eran todos tus deberes para mí, sólo, vivir,
o si, loco, te pedía que a tu lado me llevaras,
que era mucho más humano que la vida me quitaras
que dejarme aquí en la tierra, sin mi vida, y sin morir.

Sólo sé que eran muy largos, casi eternos los momentos,
pues parece que esa noche, como en todos los tormentos,
los minutos no se ciñen a su eterna concisión
y las horas que, veloces, nos señalan la alegría,
pasan lentas, eternas, en los días de agonía
desgranando los segundos sobre el pobre corazón.

Y a mi mente le parecen, de aquel buque en la cubierta,
alumbrados por la Luna que a su luz débil e incierta
destacaba de las sombras aquel cuadro de dolor,
muchos años, largos siglos, sollozando de rodillas,
contemplando, rodeada por las luces amarillas,
tu figura, que ilumina su movable resplandor.

Aún recuerdo las sagradas y solemnes oraciones
y que cruzan a mi vista cual fantásticas visiones

los que, yerta, de mis brazos te vinieron a arrancar,
y aún paréceme que veo con eterno escalofrío
a las olas entreabrirse recibiendo al amor mío
que un momento ante mis ojos se meció sobre la mar...

IV

Desde entonces me persiguen con tenaz remordimiento
los recuerdos dolorosos del sagrado juramento
que tu mente dolorida de mi amor pudo arrancar,
y gimiendo en la impotencia de cumplirlo, con anhelo
de que veas que lo cumplo si me miras desde el cielo,
y que aún oigo tus palabras en mi pecho resonar,

Yo recojo de mi huerto los claveles y las rosas
colocando entre mis brazos, con las flores más hermosas,
las palomas más amantes de tu blanco palomar,
y me acerco por las tardes de la playa a las orillas
y poniéndome en la arena, con mi carga, de rodillas,
a las olas que murmuran voy uniendo mi rezar.

En tu inmensa sepultura deshojando voy mis flores,
que mojadas tantas veces con mi llanto de dolores
más dulzuras en las olas que en mi llanto encontrarán;
y en las aguas desvanecen sus purísimos aromas,
mientras juntas y amorosas van volando las palomas
que se posan en las rocas, donde luego anidarán.

Ya me envuelven de la tarde las primeras blancas brumas,
y me inclino hasta las olas, dando un beso en sus espumas
que resuena fuertemente—«como dado por los dos...»—
y escogiendo de mis versos las canciones más amantes
las recito muchas veces con acentos delirantes
con las olas por testigos y al amparo de mi Dios...!!

TU NOMBRE

Lleve este libro el cierre de tu nombre sonoro,
extraño y presuntuoso como el broche de oro
que sujetase el manto de un magnate oriental.
De ese nombre de música y mil veces querido
que resuena incesante como un timbre en mi oído,
despertando mi alma del marasmo letal.

Este libro que tiene mis esencias mejores
quisiera deshojarlo como si fueran flores,
al balcón de la vida pudiéndome asomar.
Que los versos volaran como lluvia bendita,
pero el broche, certero, a la frente proscrita
de aquellos que quisieron mi vida aniquilar.

Madrid, 1921-1924.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO: Mercedes Pinto y EL DULCE MAL.	5
Envío.....	9
La casa vacía.....	10
Brumas....	12
A María de la Paz Valero.....	15
Remordimiento.....	17
¡No lo despertéis!.....	20
En la tarde de un domingo.....	22
¿Montmartre...?.....	24
Evocación.....	26
Domingo de Carnaval.....	29
Dulces sueños.....	30
Visión de amores.....	32
En alma y cuerpo.....	34
¡Fel... ..	36
¡Un hijo...!.....	38
¡Más alto que el águila...!.....	40
Los espectros.....	43
¿Ciego?... ..	46

	<u>Páginas.</u>
«Juan Gabriel Borkman».....	48
Las cuerdas rotas.....	51
Estaciones del año y estaciones del alma.....	52
A despecho del tiempo... ..	53
Anhelo.....	54
Esperándote.....	55
Música del alma.....	56
Yo soy así.....	58
Un juramento.....	59
Tu nombre.....	66

